

# EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.

PERIÓDICO SEMANÁL DE BELLAS LETRAS.

## PRECIOS DE SUSCRICION.

PARA ESPAÑA.	PARA EL EXTRANJERO.	PARA AMÉRICA.	PARA FILIPINAS.
Tres meses. . . . . 10 rs.	Tres meses. . . . . 24 rs.	Tres meses. . . . . 30 rs.	Tres meses. . . . . 40 rs.
Seis meses. . . . . 18	Seis meses. . . . . 40	Seis meses. . . . . 50	Seis meses. . . . . 64
Un año. . . . . 28	Un año. . . . . 76	Un año. . . . . 90	Un año. . . . . 112

NÚM. 3.

Domingo 15 de Marzo de 1868.

UN REAL.

### SECCION I.<sup>a</sup>

EL INGENIOSO HIDALGO

## D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

TERCERA PARTE.

CAPÍTULO I.

— Pues ahí están ótros dós, como dos soles, dijo Sancho; y bien se vé la paja del ojo ajeno, pero nunca la viga que háy en el nuestro, y si en tu casa cuezen habas en la mía á calderadas, y callar es bueno.

— Dije que basta, gritó desesperado Don Quijote; que todo pide en el mundo peso y medida, y á tí no se te alcanza nada de éso. Pero, ahora en paz; advierte, hijo, que despertaste en mal hora inagüantable: y mira que yó nada dige de corcovado ni deshecho, ni de angéos ni lexias, ni de todo ese tu tropel de desconciertos: ni tú quisiste decir mucilagos sinó endriagos; y aquellos hilamientos y agrávios enderezados aún vienen mucho menos á este caso.

— Pelitos á la mar, dijo Sancho, que vuesa merced yá me há entendido, y yó me entiendo: que si su merced á caballeros, más que á escuderos, dá en corregir todo lo mal dicho, digo que es poco y muy poco el suplicio de Tiéntalo.

— Tántalo, y no tiéntalo, con mil diablos, dijo Don Quijote.

— Tóme el tiento su mercéd como quisiere, contestó Sancho, y andemos todos con él, y vayamos andando.

— Eso sí, dijo Don Quijote, y en la tardanza está el peligro. Mas lo que á la sazón interesa és que Rocinante mueva los pies y las manos, que parece como entumecido con el reposo; y la desidia y la pereza siémpre se dejaron perder la buena ventura, y sabes que me está por la suerte encomendado resucitar la muerta

edad de óro en ésta de barro frágil que ahora pása.

— No había terminado estas palabras el bravo y perseverante caballero, cuando se alegraron los campos, riéronse los valles, los montes movieron suavemente sus plumeros y las modestas áuras llenaron los espacios perfumados de glória y de contento. Y las sencillas áves prorumpieron en cánticos festivos; y un ástro, mas que sol, inundó al órbe en raudales de luz; y en todas partes resonaron muy tiernas armonías.

— Yó, El Bachiller Avellanado, aún no bien repuesto de mi asombro; deseoso de palpar la realidad de tanta maravilla, salime de entre un grupo de rosales, que me había servido de escondrijo; y, acercándome, muy humilde, al Caballero, me atreví á dirigirle estas palabras.

— Perdonarme há la vuesa señoría, Señor Don Quijote: pero, desde mi extraordinaria llegada á éste no averigüado pais, créame el Señor Andante, que no alcanzo, ni con mucho, toda la seguridad y convencimiento que se necesitan, para comprender lo que advierto, siénto y júzgo que pása. Bien se me ocurre que debéis sér El de la Triste Figura, porque hablar os oí, y basta véros para pensar de vós correctamente: ni créo que con ótro podáis sér comparado ni confundido. Pero, dado que sóis tan bravo como accesible, os suplico me digáis, como por remedio de conciencia, si verdaderamente sóis vivo, y si ejerceis aquí todas aquellas necesarias funciones que lícitamente se úsan sobre la tierra, y si éllas van con todo aquel compás y regularidad que las corresponde.

— Escéptico y curioso en demasia os venís á estos ignotos lares, caballero, respondió socráticamente Don Quijote; mas, sin méngüa de mi profesion puede acorreros mi persona en vuestro conflicto, puesto que nada por éso se



menoscaba la órden de la andante caballería. Tomád éstos cinco que la fama celebra por todos los ámbitos del mundo, y palpád y convencéos. Ésto es cuanto al caso viene y conviene; porque lo atinente y tocante á las funciones naturales lícitas que preguntáis, la verdad és que no se me acuerda muy claramente.

— Ni á mí, dijo, encojiendo los hombros el buen Sancho.

— Pues, en el mundo, continué, por tan muerto pasáis como mi abuela; con el bien entendido de sér *«folloncico de táte, táte,»* él que os resucite.

— ¡Báh!, respondió Don Quijote: *«Post tenebras spero lucem,»* tengo dicho por boca de mi coronista; y que yó no prohibía que de mí hablasen, sinó que mal hablasen: además de que es sabido, que el inmortal Hidalgo de la Mancha no puede sér escrito por solo un hombre, mortal por naturaleza y por destino. Esto no es más, señor caballero, sinó el plazo de mi compromiso de Barcelona, que debe haberse cumplido, en esta agradable mansión de encantamento.

— Por ahora ésa y ven por ótra luego, dijo Sancho; y, ¡mal año si el caso no es de cuental! Cuanto más, que á Torralba llevaron en volandas caballero en una caña; y, ¡sobre éllo morenal!

— ¿Qué murmuras ahí, Sanchuelo? dijo Don Quijote.

— Digo, contestó Sancho, que aquí estamos todavía tan sanotes y teretes; y en cuanto á lo de haber muerto yó, ó mi ámo, ¡á otro perro...! que la muerte no tuvo tanto império; y lo del *táte, táte*, deberá sólo de ir con folloncicos.

— Más has dicho que sabes, Sancho, contestó Don Quijote.

— Pues, libreles Dios á sus mercedes, añadí, de salir á campaña por la vez tercera; y á fé mía, que les cueste cara la osadía.

— Señor mio, contestó Don Quijote, entendámonos, por fin y postre, que fué pesado caso llegar á lo último. Muérense ciertamente aquellos hombres que dejaron todo blanco el libro de sus fazañas: muérese el pobre avaro ó ambicioso: muérese, sobre todos, él soberbio y él pusilánime, y en medio de su baldon él egoísta; mas no muertos, sinó inmortales son aquéllos, que pasaron en magnanimidad toda su vida, amparando y socorriendo al necesitado, procurando el mayor bien por todos los médios; con lo cual su merced debe tener por mencionada la órden de la andante caballería. Y aquí no hay que llegar, y punto y aparte.

Y quisiera yó saber agora, señor mio, que fué de este mundo sin sus héroes, y que es lo que fuera el héroe con la muerte. Cuanto mas, que bástá, y sóbra, leér cualquiera historia de andantes caballeros para darse á entender

cumplidamente que tuvieron todas fuerzas sobrehumanas, como puede convencerse su señoría con los mas triviales recursos de la aritmética; digo, con sumar los tropiezos y trabajos, golpes, tájos, reveses y pasagonzalos que sufrieron, lós cuáles no hay hombre á sécas que sobrellevar pueda. Pruébalo así bien hasta la saciedad y el hartazgo el amor del hombre, yá sábio, yá ignorante, á lo maravilloso; así que hoy sus señorías por fuerza han de escribir de caballerías; y afirmolo desde aquí, redondamente. Y quédese en tal estado este negocio; pues que, si necesario fuese para mi vida, romper la balla y hierros de la muerte, tal paso no se ha de dar, que está yá dádo; y de que es inmortal Don Quijote de la Mancha darán á todas horas testimonio todos aquéllos á quiénes quisieren buenamente preguntarlo.

— Ese és el golpe, dijo Sancho; y él que pregunta no yerra, y chico pregunton larga esperanza; y á preguntar he venido que soy de fuéra; y así pregunto yó ahora al Señor aparecido; que, ¡mal año para el su vestir, que se me ha indigestado! ¿y quién és (si puede saberse), su señoría, y en dónde estamos?

— Yó soy, respondí, improvisando una cortesía y quitándome el sombrero, el Bachiller Avellanado.

— ¿Bachiller? dijo Don Quijote: Y ¿por donde bueno?, si es que la su merced no lo há por enojo.

— Por Valladolid, respondí, y *«némine discrepante»*; que es así hacer las cosas como se debe.

— No hay duda, dijo Don Quijote, sinó que su merced será, no bachiller sólo, sinó bachillerísimo, y que me pláce. En lo de avellanado sáca la cara por vós vuestra misma persona; pues lo sóis, á mas no poder, y en tales términos, que podeis apostarlas á cualquiera, y aún darlé dos avellanas de ventaja.

— Y, así Dios no me sálve, dijo Sancho, como hemos quedado medrados en cuanto á lo primero; y por lo segundo, ¿podremos saber en dónde estamos?

— No diré mas acerca de éso al buen escudero, contesté; sinó que no lo sé en manera alguna.

— Mal me encontraba ayer, contestó Sancho, pero, lo que es por hoy dicen que me muero. ¡Y qué fortuna bachillerarse para ser entendido!

— Siémpre fuiste gran estúpido y testarudo, replicó Don Quijote; ¡ni qué tienen que ver los bachilleres con los encantamentos! Mas, para tí toda enseñanza es infructuosa, y el tiempo y la experiencia todo en bálde.

— Dios sabe la verdad, contestó Sancho; y él haga la salida como la entrada, que no me acuerdo de élla, que es señal buena.

— Y con ésto comenzó á andar pasicorto Rocinante, que salia á nueva luz con cuanta pesadumbre y congoja pueden imaginarse; sin que cónste cosa alguna acerca del rúcio, por ser corriente que nunca tuvieron circunstancias (por su ventura), las gentes de poca categoria; pues nó dicen de éllas cuando se acuéstan, ni cuando se levantan; ni si las sus mercedes duermen la noche en una hébra, ó en dós; ni si gustan más de ésto que de aquéllo ótro: punticos todos própios y precisos del compás de los hombres señalados, á quiénes, más la envidia y la lisonja que no el afecto, miden y tratan las acciones á todas horas.

Y dijo Don Quijote:

— Yá vánse manifestando los hados más propicios, Sancho amigo; con que seámos caballeros de lós que á sus aventuras ván: pues, te júro en mi ánima, que, ó del todo me engaño (y no lo creo), ó ha de haber ahora más malandrines que castigar que jamás hubo, y más entuertos que enderezar que jamás se viéron, segun lo que desde aquí óigo y escucho.

— Y era así la verdad; porque se sentía en el piso superior (que es nuestra tierra), ruido y fragor como de tormenta, y grande alboroto y algazara, carreras, voces y chillidos, saltos y risadas de gente alborotada, ó en quimera, ó en miserables, tristes pasatiempos.

— Pero, ¡cuánto, dige yó, Señor Don Quijote de mi vida, habeis sido manoseádo, comentado, escamoteádo, y echado á perder! ¡eso dá lástima!

— Créo todo éso muy bien, señor Bachiller, contestó el caballero, segun íbamos andando. Y por ahí puede calcular su merced lo que son juicios humanos, y cuán grande séa el poder del amor própio. Presuntuósos ignorantes siémpre hubo muchos, que deséan celebridad á poca costa. Pues, para gobierno de su señoría, sepa que en mí y en mi coronista no hubo más que vocacion y sazón de edad; y no hay otro arcano alguno; y así al marino de raza no hay que enseñarle los vientos, ni la estrategia ál que nació guerrero. Si los génios fuesen hijos de sus maestros, éstos, y no los ótros se hubieran inmortalizado. La verdad y la sencillez fueron mis compañeras, y todo está en ver bien y hablar bien claro.

— ¿Con qué, su merced, que todo lo sabe, ahora sabrá tambien adónde vamos?

— No tanto podré decir como todo éso, Sancho; pero sé que somos los únicos que andar podemos, de tantos como aquí háy por todas partes.

— Si háy, dijo Sancho; y todos estos caballeros, que ver se dejan en tanta abundancia, paréceme que debieran sér mas bien criádos; pues ni una sola palabra dicen á nuestro paso,

ni dan señal de vida en modo alguno: y así, pienso yó, que deben ser todos éllos de la familia de Garibáy, cuya álma dicen se halla en tal estado.

— Sonrióse Don Quijote de la simpleza de Sancho, y compúsolo todo luego con el encantamento, que creyó sér la sola causa de tantas cosas. Y andando y mas andando, fueron á dar al capítulo siguiente, que es úno de los mejores de esta história.

## CAPÍTULO II.

**Que viene á ser como continuacion dél que está primero.**

Yá con la conversacion habian andado caballero y escudero grán trecho de camino, todo cuesta arriba; y yá se oscurecian las blancas luces y contornos del encantado palácio, tomando las cosas todas alguna semejanza con lás que aquí en la tierra se ven y úsan, cuando relinchó Rocinante, y el rúcio, por envidia, dió tambien al áire su desafinado, fuerte y ronco acento, ló cuál pareció á Don Quijote muy buen agüero. Sancho iba sintiendo necesidad y debilidad su ámo; señales evidentes de que el úno y el ótro se acercaban al mundo, en él cuál la mayor parte de las gentes padecen sin cesar una cosa ú ótra. Cási se disponia el escudero á requerir la alforja para saber lo que en élla se habia conservado, cuando de un escondrijo oscuro y rematadamente húmedo, con grave paso, añoso continente, barba luénga, talar pardo y larguísima melena, salió un anciano sugeto, apoyándose en un grueso cayado de ñudosa encina.

— Aventura tenemos, Sancho, dijo Don Quijote.

— Olfateábala yó yá, contestó el escudero, que ésto há tenido siémpre el desfacer agrávios y meterse á enmendar vidas ajenas: y cuidados ajenos matan al ámo, y ¿qué me tengo yó con ló que no es mío?

— El caballero, al ver los pequeños, blancos y hundidos ojos del anciano, no túvo por exceso el prevenirse; y Sancho, ya experimentado en las cosas inciertas y cási siémpre pesarosas y apesadumbradas de la caballeria, detuvo prudentísimo el paso de su compañero de fatigas para ver de lejos las fazañas de su señor; ó, por mejor decir, sus resultas; pues que él por ningún motivo habia de mezclarse en la contienda. Don Quijote, digo, que se preparaba á la batalla, cuando él de las barbas dió al áire su oscura y pausada voz de esta manera.

— Nó háya, señor caballero, en la vuesa merced ni ánsia ni zozobra, sinó alegría y contento. Cumplido se há yá el tiempo del compromiso con él de la Blanca Luna, años mas ó menos (pues aquí se cuenta siempre en nú-

meros redondos), y há llegado el anhelado día predicho por vuesa merced en otro tiempo.

— Dábamelo el corazón, dijo Don Quijote.

— Ni recibo ni doy, exclamó Sancho.

— Aquí están ya otra vez, gracias al benigno Cielo (prosiguió el anciano), la vida espiritual y el heroísmo en campaña, y en competencia con la pequeñez del egoísmo. ¡Así los potentes Cielos favorezcan y premien tus batallas, como és noble tu misión sobre la tierra, oh generoso Hidalgo de la Mancha! Entre paréntesis, hermanos: así como trescientos años dormisteis encantados.

— ¡Santa María, y gran pecador de mí (contestó Sancho), y qué és lo que está diciendo ése carcomido!

— Como tres y dos son cinco, dijo el viejo.

— ¡Valedme las once mil con los innumerables de Zaragoza! continuó Sancho: y atájenme esas borregas que se desmandan; y qué será de mi buena Teresa Panza, y mi pobre Sanchica la desventurada! Y digo que reniego mil veces de la caballería y otras mil de todas sus trazas y disparates: y ¡mal háya quien la parió y la trujo al mundo, y quién se dió á vivir con tales modos!

— Ahora te digo, Sanchuelo, exclamó Don Quijote, que me rondan y rodean las mayores y mejores ganas que jamás tuve de ser caballero solo, sin comitancias. Pues, ¿no sabes malaventurado, follonzuelo, que todo ésto vá por vía extraordinaria? Pues no háy sinó dar á la perinclita orden que profeso el mismo camino y medio que la comun humana vida y cuenta que se fué toda por esos suelos. Y, ¿en dónde te hallaras ya, á no sér por la orden que así osado y villano ahora escarneces?

— Lloraba Sancho raudales de pesadumbres, y apuñábase el rostro con ambas manos; y gemía, pateaba y hacia aspavientos tales, que era cosa de ver su obra y su priésa, mientras proseguía su señor de esta manera.

— ¡Sancho! ¡hijo Sancho! ¡Sanchillo! Advierte, ahora, en vez de llorar, y contempla como este encantamento fué sobre todos profundo é imponente! ¡y como monta y se paséa sobre todos los hasta ahora conocidos, incluso él del señor Villena él redomado.

— Déjeme su merced, por amor del Señor, contestó Sancho; porque ésto se sube y remonta sobre todo lo visto y oído, y no háy quién pueda llevarlo en su paciencia.

— Ahora míentes, que no se te puede sufrir, contestó Don Quijote. Pues, ¿y qué són ni pueden sér, bien contados, esos tres siglillos de sueño en la orden de la andante caballería? Y así llamé tu atención sobre este asunto, sólo por lo que toca á los presentes días, en los que todo será menudo y raquítico, sin que siquiera

merezca mención expresa: pero elévate, Sancho, á los tiempos de oro, digo, á los propios y clásicos de los inmortales caballeros, y verás que te quejas de puro vicio.

Andante hubo que se durmió como un mil de años, y á nadie le há ocurrido todavía incomodarse por cosa tan poca. Sin ir mas allá, ni siquiera contar con los siete durmientes, podrás encontrar cosas mucho mayores. Pues qué; ¿piensas tú que aquellos gigantazos, que con un paso nada más trasponían los mares, fueron contenidos en los comunes, escasos límites de la humana vida? Pues, cierto que élla sola no bastara para criar una pierna tan sólo de aquellos cuerpos, cuanto más toda su estampa inusitada.

Y, ¿qué diremos de la existencia de aquellos caballeros que así se burlaban de la muerte? ¿qué sin más médicos ni letuários que un pedazo de pan, mal mascado, juntaban, encolaban, pegaban y componían todo su cuerpo, dividido por medio por el certero revés de algun mandoble? Pues no háy otra salida, sinó que eran, cual nosotros lo somos, prodigiosos. Por todo lo que júzgo esta digresión impertinente y ociosa, y que debe seguir su conversacion el señor anciano.

— Compusimosla bien y se hizo pedazos; dijo Sancho.

— Pues, yó, señores míos, continuó él de las barbas, soy el anciano Atapuerca, génio tutelar de esta caverna renombrada: porque es de saber, que no háy cosa alguna, por indiferente que á los hombres pareciére, que no tenga su gúardián que la proteja contra la destruccion de los humanos. Al crear la Providencia una maravilla créa un protector que la conserve, de los que el mundo lláma aficionados; pues sinó pereciéra brevemente. Yó, pues, obtuve en el reparto esta gruta, que dá entrada á la gloria de los génios.

Yá véis, le dijo á Sancho Don Quijote, donde con ser villano, é ingrato, estuviste.

— Donde estoy yó és en mis tréce, replicó Sancho. Y yá que hablamos de éso, señor Carapuerca; ¿podrá decirme su merced que gloria, ó qué calabaza, es ésa que á los señores génios pertenece? Porque á mí pareció lugar sin pena ni gloria, como lo atestiguará mi ámo, si le placiére.

— Pues estos señores estánse aquí así por años, y siglos, muy llucos en silencio todos estáticos. Mas tienen para su consuelo vários escuderos, que lavan á cada génio tres veces la cara en lo que llamar pudiéramos un día, con lo que todos están así tan frésco.

— ¡Para mi santiguada (dijo Sancho), y cómo engardarán con lavacarás!

*Al número siguiente.*

SECCION 2.<sup>a</sup>

## ROMANCES ESPAÑOLES.

## BERNARDO DEL CÁRPIO.

## III.

## Se consulta.

Solo está el Rey Don Alfonso  
Paseándose en la sala  
Porque Bernardo del Cárpio  
Le ha dicho graves palabras.  
La verdad roncha le hizo,  
Que la verdad es amarga  
Luchando fronteramente  
Con el poder del monarca.  
En ésto vá que en el mundo  
Aduladores se hallan,  
Que si no hubiera amor própio  
La adulacion no agradára.

Y aquí de los expedientes  
Que en tales casos se gastan;  
Pues ordenó Don Alfonso  
Que al punto se presentáran  
Los hombres ricos, caudillos,  
Y gentes que están en gracia,  
Los letrados, los ancianos,  
De lós que tienen mas fama,  
Y les dijo: «Sabéd tódos  
Como él del Cárpio demanda  
La libertad de su padre  
Que en hierros preso se halla,  
Porque contra Nos anduvo  
En parcialidades várias.»

Apenas aquésto oyeron  
Las gentes allí juntadas,  
Viendo al Rey en una parte  
Y á Bernardo en la contrária,  
Y en sus manos aquel peso,  
Inclinaron la balanza.  
«Digeron que del Rey era  
Vengar afrentas é infámias,  
Hechas por bajar de precio  
La magestad soberana.»

Así al Rey á sí traían  
Ál del Cárpio así infamaban,  
Que la ocasion los menguados  
Acostumbran hacer calva.

El Rey oyoles de grado,  
Les despachó dando gracias,  
Que duraron todo el tiempo  
Que puede triunfár la infámia,  
Que como tormenta ruge,  
Y como nublado pása.

## IV.

## El Castillo.

Él del Cárpio ya sospecha  
Lo que el Monarca resuelve,

Y perdiendo la esperanza  
De alcanzar lo que pretende,  
Al punto mónta á caballo,  
Sale al campo y dice y siente:  
¡Mal háya los fieles fechos!  
¡Mal háya los hombres fieles!  
¡Mal háya los consejeros  
Y el golpe que dá el aleve,  
Y el tiempo que gasta el hombre  
Pretendiendo empresas célebres,  
Donde al compás de la fama  
La envidia insaciable crece!

Hiciéranle menosprecio  
Al fijo tan solamente,  
Mas si tratan de su padre  
Compasion, no más, merece.

No quieras parecer grande  
Ante los que mucho pueden,  
Que él grande quiere sér solo  
Y tener déudas no quiere,  
Pues del deudor al esclavo  
Distancia corta se advierte.

Despues de dias y noches  
Que camina sin saberse  
A dó marcha el caballero  
Por tierras de los infieles,  
Abismado en pensamientos  
Que incesantes se revuelven  
Como nubes de tormenta,  
Cual ólas de mar rugiente,  
De Salamanca no lejos  
Con el álba se aparece  
Un monte cónico, adusto,  
Sin vegetacion ni gente,  
Y á la cumbre dá los pasos  
Diciendo cual si le oyesen:

«Este será de mi nombre  
El lugar mas prepotente,  
Ál que llamarán del Cárpio  
Las edades que vinieren.  
Mi nombre he de darle, digo,  
No él á mí; que bien se advierte,  
Que roca por roca fiera,  
Más soy yó, que soy viviente.»

Y allí se fundó el castillo  
Mas altivo, firme y fuerte  
Que en anales cuenta el órbe  
Hasta los tiempos presentes.

## V.

## A cuál mas nóble.

Si viste, lector, al águila  
Revolverse allá en la altura  
Alrededor de su víctima  
Que en el valle se dibuja,  
Y como bája cual rayo,  
Y cual enarca las uñas,  
Y como agarra su presa,

Y como la descoyunta,  
Y devorarla en un punto  
Cual la complace y la gusta,  
Ves yá de Bernardo el Cárpio  
La particular figura.

Venganza quiere tan sólo,  
Su encono vengarse busca,  
Y vé que su vida es poco  
Para lo que congetura,  
Y así de pensar no cesa,  
Y en tentar á su fortuna.

Corréos tiene en las áves,  
En rojas llamas que ondulan  
Sin cesar toda la noche  
Su language á la moruna;  
Atalayas en los montes,  
En las águas sordas grutas,  
Y es el águila de dia,  
Por la noche la lechuza,  
Volcán dentro de los muros,  
Y langosta en la llanura.

En tréinta légüas en torno  
No se ha visto un hombre nunca  
Ni en barrancos ni en pinares,  
En lo abierto ó la espesura  
Que se libre del acero,  
Yá espere en batalla ó huya,  
Que no escarbe al pié del muro  
Su sangrienta y triste tumba.

Dirías que del averno  
Se desataron las fúrias  
Sin que el sueño dé á los ojos  
Esperanza ó paz alguna;  
Y así por España toda  
De Bernardo se pronuncia  
El nombre con tal espanto,  
Con terror tál y pávura,  
Que á su derredor sangriento  
Un génio hasta el áire enluta,  
En que los écos se apagan  
Y las miradas se entúrbian.

Apenas de esta manera  
El señorío asegura  
El Caballero, y levanta  
Su blason, y apenas junta  
A sus antiíguos cuarteles  
La reversa media luna,  
Al Rey escribe diciendo:

«Don Alfonso el Magno, escucha  
Como Bernardo del Cárpio  
Sabe vengar las injúrias;  
Como cúmple, como pága  
Como piénsa y como triúnfa:

Ya tienes en estas tierras  
Villas ciento, légüas muchas  
Que él del Cárpio ha conquistado  
Frente á frente, úna por úna;  
Y pues yá todas son mías  
Sabes bien que yá son túyas.

Y porque vengado quédo  
Quéda á Dios: deuda ninguna  
Entre el Rey y el Caballero  
Resta yá; pero procura  
Que en tu réyno sean todas  
Cual la mano de esta pluma,  
Pues no todas así escriben  
Ni todo hombre así las úsa.

Quién venza moros ya tienes,  
Quién se venza, cálle y súfra  
Podrá ser; mas por ser raro  
No hagas de éllo prueba nunca.

## VI.

Como media hora ha pasado,  
Ó menos, en el Castillo  
Desde que partió el mensaje  
A llevar al Rey lo escrito,  
Cuando al lejos entre el polvo  
Se vé venir un caudillo  
A escape, por lo que ánda  
Comparado con los riscos.

Al salir del erial blanco,  
Y al entrar en el campillo,  
Cerca yá de la ladera,  
Se vé el almete bruñido  
Relucir, aunque no mucho,  
Pues el cielo, ántes tan limpio,  
Llora ya pausadamente  
Gruesas gotas hilo á hilo.

Blason castellano tráe  
En la cimera y el cinto,  
En el frontal del caballo  
En el gavilán y estribo,  
Porque es del Rey mensajero  
El guerrero que ha venido.

Suena el clarín; rechinando  
Cáe el puente levadizo;  
A torno ván levantando  
El torpe, herrado rastrillo,  
Y formados en hileras,  
Como rocas en su sitio,  
Cién guerreros rinden mazas  
Que ótros cién jamás se han visto.

Bernardo franco recibe  
El rollo que le han traído,  
Sellado con cera roja,  
Atado en cordon morisco,  
Y se torna el mensajero  
A marchar como há venido,  
Velóz tál como las áves  
Sobre el cordobés altivo.

Él del Cárpio por la rampa  
Vá subiendo del Castillo,  
Temblando leér el pliego,  
Impaciente por abrirlo,  
Que teme, quién nunca teme,  
Un poco de pergamino.

Rásga al fin la cerradura,  
Con la hoja del cuchillo;  
Los malos renglones lee  
Al menos de cinco en cinco,  
Que dicen así en buen orden,  
Y no cual los han leído.

«Marchásteis á Salamanca  
El del Cárpio tan solícito,  
Que no esperásteis mis órdenes  
Ni hubo tiempo de escribiros.

Sabéd, pues, que vuestro padre  
Finó yá; mas no en los grillos,  
Porque estando yó en los vuestros  
Mal pudo estar en los míos.

Nada le faltó en el mundo  
Mientras en él há vivido;  
Mas háy hombres que no pueden  
Habitar consigo mismos  
Porque el alma no les cave  
De su cuerpo en el recinto.

Hoy los fúnebres deberes  
Con vuestro padre hé cumplido  
Como debe Alfonso el Magno  
Con el padre de tal hijo.

El cétro que tengo os diéra  
Por dáros algun alivio,  
Pero valen más que el cétro  
Las lágrimas que hé vertido».

Desde tal dia el guerrero  
Por España no se ha visto;  
Y tiempo andando, se encuentra  
En Aguilar, en un risco,  
Su tumbá con las cenizas  
Que algun monge ha recojido,  
Por no caver en techado  
La historia de tal caudillo.

### SECCION 3.ª

## COSTUMBRES, FILOSOFÍA, CRÍTICA.

### LA RISA.

Así como para medir el calor atmosférico háy un instrumento que se llama termómetro, para conocer la temperatura del hombre háy un gesto que se llama risa: la risa es, por lo tanto, el termómetro de la humanidad.

El hombre físico es una redoma chiquita en que está encerrado el hombre moral; y como éste es mas grande que aquél, se sale, á veces, fuera de la redoma. Uno de los modos de salirse es la risa.

Así que, la risa, en algun modo, es la arruga, ademan ó dobléz del cuero, ó pellejo, puesto en movimiento por el contenido en la corambre.

El animal no se rie porque no tiene á nadie dentro de sí: no tiene más que lo necesario para probar que la materia sola es impotente. El instinto.

El hombre moral es un prisionero que está impaciente por alcanzar su libertad. Se asoma por las ventanas de los ojos, rebulle agitando el sistema nervioso, alborotando el cuerpo y aún haciéndole ejecutar ademanes violentos como la risa.

Así que el hombre se describe, define, denuncia y evidencia por la risa.

La calma chicha humana se conoce por la falta absoluta de la risa.

Háy quién tiene por necesario no reírse nunca, y no sólo es un calma chicha, sino un estático chichon.

El que contiene su risa tanto, es un tonto: él que no se rie por temperamento tampoco llora; y Dios os libre de semejante ciudadano.

La risa es el fin á que aspira constantemente la humanidad. Es el mas poderoso agente de la tierra. Y lo digo porque es la risa lo que mas caro se pága. Todo el mundo dá su dinero de buena gana, y las gracias, á lo que le hace reír. ¡Aun el positivismo!

El hombre que necesita poco para reírse es bueno; él que necesita algo más es mediano; él que necesita mucho es malo: él que no se rie jamás es un bribon ó un estúpido.

Cuando véo espectáculos que á fuerza de exagerados y ridiculos disparates buscan la risa, y que tales espectáculos duren mucho tiempo, digo que la sociedad está en estado, etc.

El hombre bueno siempre está sonriendo; y es que el hombre moral se frota las manos dentro del hombre físico y dice: «¡Magnífico! ¡Me encuentro nivelado! ¡Esto marcha! ¡Y ensaya una cabriola».

Cuando uno se rie se agita el estómago, se dilata la boca y los ojos lloran; y es que el hombre interior está bailando, y arruga la alfombra con el jaléo, y ha comprimido la esponja húmeda que le rodéa.

El niño rie á todas horas; aun durmiendo: al hombre que viviera dos veces en este siglo se le suprimiria la risa.

La risa no se puede fingir; él que quiere finjirla produce un gesto endemoniado. La risa de un usurero por ejemplo.

El Universo, que es el rostro del Criador que nuestra asendereada humanidad puede ver, tiene risa. La primavera verbi-gracia; la salida del sol, los arroyos, las hojas de los árboles, las amenas campiñas; pero, más que todo, el porvenir. Jamás he visto más expresivo rostro que el suyo, yá para la risa, yá para el llanto. El porvenir tiene su casa en otro mundo; pero viene á paséo por el nuestro viajando de incógnito.

La risa tiene un hermano gemelo que es el llanto, y vienen los dos séres juntos siempre, unidos por el pié como Cástor y Pólux. Si la risa viniese sola sería la felicidad; para reír hay que llorar.

Este mundo es antitético: aquí todo es efecto de contráste: comedia de magia: tramoya de efectos.

De una vida llena de nobles sacrificios brota un torrente de risa. El placer es fuente de lágrimas.

El siglo diez y nueve busca jadeando la risa en los placeres. La cuadratura del círculo. Y se desespera por no poder saciar su deséo. ¡Esto es grande!

La risa, considerada en sí misma, tiene su habitacion de gran señora.

En la calle de la Abnegacion, núm. 1.º, cuarto principal, derecha.

La risa es el testimonio de la aprobacion de nuestras cuentas bien rendidas y halladas buenas.

Por éso no se rien las bestias.

### SECCION 4.ª

## VARIETADES.

### VERSOS DESLOCADOS.

*Lós del número anterior.*

Si no temo perder lo que poséo  
Ni deséo tener lo que no gózo  
Poco de la fortuna en mí el destrozó  
Valdrá cuando me elija actor ó réo.

*Componéd éstos de Quevedo.*

Para si súbes, si subiste bája,  
Que ascender á rodar és tu camino;  
Pues, quién descendié logra desatino;  
Mas si has llegado, de la cúbmbre ataja.

Solucion de la charada del número anterior.

Es—tra—ta—ge—ma.

## CHARADA.

1.<sup>a</sup>

Es una unidad: esa unidad puede representar la cosa mas apetecida ó la mas despreciable; la mas noble, bien usada, ó la mas vil por el abuso. Esa unidad es un tósigo que mata grandísima porción del género humano.

2.<sup>a</sup> y 1.<sup>a</sup>

Es lo que háces, lector, apenas vés en tus manos un *nó* de tu muger amada, escrito en una carta, pocas veces modelo de ortografía. Lo mismo háces cuando vés la ingratitud del premio fuerte de la lotería, que huye de tus brazos para él siempre abiertos y cariñosos.

4.<sup>a</sup> y 5.<sup>a</sup>

Es oficio especial del bello séxo: tambien de los más rastrosos seres de la tierra: tambien de los más celebrados diplomáticos: tambien de los habitadores de nuestras costas geográficas.

4.<sup>a</sup> y 1.<sup>a</sup>

Són las peóres lúces de este siglo: pésimas en las manos de la prénsa política y literaria.

5.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup>

El adorno y la vida del mundo: se parece al lino en la igualdad con que náce, crece y se presenta en sazón en su tiempo oportuno.

EL TODO.

La llave de grán puerta: la méta de cierto hipódromo: el *basta* de cierto charlatan: el tapaboca de cierto lengüaráz.

## Respuestas remitidas.

¿Quién es el mas feliz?

—Espére usted á que reciba el corréo de Cória.

¿Qué diferencia existe entre la antigua y nuestra literatura?

—La misma que háy entre la sandalia y la bota.

¿Por qué son verdad los refranes?

—Porque son astillas del árbol de la verdad.

¿Qué son los satélites?

—Lobanillos de los planetas.

¿Por qué tantos llevan anteojos de cristal natural?

—Porque cúlpan á sus ojos de la oscuridad de su cerebro.

¿Es fabuloso el principio de la historia?

—Tanto como el lujo de nuestras solteras.

¿Para qué sirven los cometas?

—Para dár una leccion de constancia á las mugeres: llevan cola desde tiempo inmemorial y no conocen las botitas imperiales.

¿Qué es el anillo de Saturno?

—Perdone usted, que es sortija.

R. TEJADA Y ALONSO.

## Respuestas á preguntas de este periódico.

## La Música.

Es la réina de las artes por que es el lengüage más vágo y más ideal. El que se aleja más de los modos de la materia insuficiente, y paséa más y mejor por los contornos de la sublime mansion del sentimiento. Es el canto del áve del bósque. El más sublime de los lengüages tiene que començar por dejarse de palabras.

## La Historia de España.

Lá del P. Mariana no tiene absolutamente nada de fabulosa en su primera parte; lo que háy es que nádie ha querido explicarla. En el discurso de esta obra se hará vér esto más claro que la luz del día. Estamos creyendo muchas tonterías.

## Los refranes.

Son verdad porque en el universo todo tiende á la unidad, no caprichosa, sinó filosófica. El ignorante piénsa por un ditúvio de idéas inconexas; el hombre entendido por menos; él sábio por menos; el ángel por menos; Díos es la idea única. El pueblo, buscando instintivamente esa idea única; conociendo su mérito, necesidad y elocuencia, há hallado esos teoremas que se llaman refranes. La naturaleza no há descuidado la instruccion pública: su catedrático es el tiempo; su libro de texto la experiencia. Todo hombre aborrece la ignorancia. Más, es imposible.

## ¿Qué es lújo? ¿Debe tolerarse?

1.<sup>o</sup>—El capital necesário *absolutamente* para la vida debe sér *absolutamente* respetado. Es el alimento natural.

2.<sup>o</sup>—El capital en circulacion no puede tocarse sin hacerse réo de gravísimo delito. Es vuestro crédito y él de vuestros corresponsales.

3.<sup>o</sup>—El fondo de reserva para el caso de una desgracia, el porvenir de vuestra casa, etc. etc., es sagrado. Es la partida de imprevistos.

El lújo que consume estos capitales es esencialmente criminal.

4.<sup>o</sup>—Del sobrante, cubiertos estos capitales, puede emplearse en el lújo lo que se quiera: sinó las artes y el progreso son un imposible. Pero con una condicion: escuchádlas bien.

Tanto dinero como empleéis en vuestro lújo debeis dedicar á la caridad. ¿Os sobran mil duros? Gastád, *sin vicios*, quinientos: enviád ótros quinientos á los póbres.

Por ley sagrada el sobrante es de nuestros hermanos: ahora bien, dádselo, la mitad en limosna, la otra mitad en trabajo.

Me encontré cierto dia con un sugeto, muy enemigo del lújo. Lanzaba dárδος de fuego contra tal vicio.

Al oír mi teoría se asombró completamente.

Yó, para saber la súa á mi gusto, fuí á su casa. Apenas pisé aquellos umbrales continuó aquél buen señor con su eterno tema.

—¿Qué hora es? le pregunté.

—La úna, me respondió, sacando su cronómetro de oro. Miró á su relój magnífico de sobremesa y á su péndulo inglés de pared, y prosiguió:— La úna y un minuto, efectivamente.

Estas últimas palabras las pronunciaba al ofrecerme un precioso sillón de terciopelo carmesí. Aquella casa estaba toda por tal estilo. Y á mis observaciones contestó el buen señor.

— Amigo mío: lo barato es lo mas cáro, y ahora están las cosas como de bálde.

—Digelé que quedaba muy convencido.

Yó conozco á un hombre muy antiguo, que dice que el lújo mata á nuestra sociedad.

Digelé que pensaba yó del mismo modo.

Este hombre tiene un fuerte capital: se pása las noches mirando sus montones de monedas de oro.

¿Gasta lújo este hombre?

Dice que gúarda el dinero para el porvenir: tiene mi hombre 90 años.

El lújo que vá á la produccion extrangera es la muerte de la nación. Y el lújo que vá en vicios. Y él que es hijo del orgullo.

## Problema á resolver.

¿Cuál es la fuente del sublime?

## Preguntas á las que quiera responder.

¿Cuál es la filosofia de la teoría del crédito?

¿Qué efectos producirán en España los ferro-carriles?

¿Por qué el teatro no es hój escuela, y si sólo espejo de nuestras costumbres?

¿Cuál es la causa de la decadencia de nuestro teatro?

Cénro de suscripciones en Madrid: la casa del Sr. D. Leocádio Lopez, calle del Cármen, núm. 29.

Los Señores del comercio de libros y particulares que deséen números de este periódico dirigrán sus pedidos á la Redaccion, Avellanos, —3-2.—Burgos, librando el importe.

Cénro de suscripciones en Burgos, la casa del Sr. D. Timotéo Arnaiz, plaza del Mercado, núm. 17.

REDACCION—BURGOS—Calle de los Avellanos, núm. 3-2.<sup>o</sup>

DIRECTOR Y EDITOR D. José Martinez Rives.

BURGOS: IMPRENTA DE D. T. ARNAIZ, Plaza del Mercado, n.º 17.